



La cultura en tiempos del PAN

Si consideramos los dos mayores logros culturales de la administración de Fox y Sari Bermúdez, habrá que repensar cómo funciona hoy la enorme estructura cultural del país: la edificación del elefante blanco llamado Biblioteca José Vasconcelos y el proyecto "México, país de lectores". Ni siquiera consiguió que leyeran Fox y Sari y el edificio que alberga la pomposa y desmesurada biblioteca está ahora en los anales de Ripley: cuando hay sol, adentro llueve.

Los problemas en un país que brilló por ser un enorme promotor cultural aumentan. Seguimos sin una política cultural y la enorme infraestructura construida sirve para que una burocracia perezosa y ajena a los problemas de la cultura pueda cobrar holgadamente y disfrutar los beneficios de becas y premios. La mejor prueba de ello es el Sistema Nacional de Creadores, desde que nació ha sido un botín en las manos de jefes de mafias o grupúsculos. Nada explica la forma irracional en que se distribuyen las becas, por ejemplo. Siempre quedan dudas, inconformidades, injusticias y resultados por demás turbios. Los jurados suelen repartir esos apoyos entre sus amigos y discípulos.

Todo presupuesto para fomentar la cultura desde tiempos de Zedillo es magro. Tal presidente ya veía con desdén a la cultura. Podría precisarse que desde entonces el Poder Ejecutivo rompió con la luminosa tradición de fomentar la cultura. El PAN desconoce el término cultura y tiene el CONACULTA como una modesta fuente de empleos para sus seguidores sin pretensiones políticas. Esto en el primer círculo. El resto lo componen burócratas de segundo y tercer niveles formados en los tiempos del PRI y que no eran por regla general creadores sino promotores. Entonces, si el Ejecutivo se desentiende de la cultura por no ser "prioritaria", ¿de dónde saldría el apoyo inteligente? ¿Del Legislativo? ¿Diputados preocupados por la cultura? Es ridículo. Basta oírlos hablar, discutir, utilizar la chamba, son patéticos, unos y otros. Están, como si lo anterior fuera poco, en la lucha política y en el mejor de los casos suponen que cultura es sinónimo de entretenimiento populachero que da votos fáciles. El caso más evidente lo tenemos en el DF con el PRD.

Sergio Vela no tiene mayores méritos, dice ser pianista y director de orquesta, pero muy pocos han podido comprobarlo. Como funcionario está más cerca del pequeño burócrata mezquino y soberbio. Al cargo llegó, todos lo sabemos, por su cercana amistad con Calderón, porque estudiaron juntos abogacía. No hay diferencia, en tal sentido, con Fox al nombrar a

Sari o antes, cuando el PRI designaba a un afortunado amigo del presidente en turno.

El papel del Estado es garantizar la existencia de un amplio, ambicioso y logrado proyecto cultural y no el de beneficiar a un puñado de amigos. Es decir, hablo de una política cultural precisa, inteligente, bien pensada y mejor aplicada, donde participen los que conocen a fondo el problema: los propios creadores y ejecutantes, los intelectuales, los académicos y los consumidores de cultura, los periodistas especializados en temas artísticos y los promotores culturales. Que sea resultado de una amplia discusión que deje en claro cuál camino debemos seguir en un país de larga tradición estatal en materia de educación y cultura y responder apoyando las conclusiones. Sería el momento de poner la cultura en rango de secretaría de Estado y analizar sus vínculos con la educación. Pero esto es impensable en un gobierno panista, un partido sin luces culturales, de tecnócratas que ven en la globalización un proyecto económico y político, cuando lo razonable es ingresar en ella con una marcada identidad nacional y valores propios de gran desarrollo como los mexicanos.

Con rigor, la creación de una política cultural es una tarea colectiva, pero no finjamos demencia ni caigamos en el populismo tan de moda, son los propios interesados, es decir, los expertos, los que deberán construir una política cultural y el deber del Estado es aceptarla, no imponerla. Ahora que CONACULTA ha convocado a una consulta pública para realizar el llamado Programa Nacional de Cultura, ha tenido el error de no citar expresamente a los creadores y artistas, tampoco a los promotores y periodistas culturales. Es una convocatoria vaga, abierta, hecha a todo mundo, que no tendrá mayores resultados que los de gastar parte del presupuesto en un golpe publicitario. Como corresponde a las nuevas conductas globalizadoras, se supone que el Estado debe ajustarse el cinturón y no "entrometarse" más en la cultura y entonces mira con ojos esperanzadores la participación de la iniciativa privada mexicana, de suyo mezquino e incapaz de generosidad alguna para fomentar las artes. ¿Se pretende hacer una suerte de telón cultural a beneficio de los más desprotegidos? No cabe duda, el PAN es el sepulturero de una tradición soberbia donde el Estado le daba un enorme apoyo al fomento cultural.